

seguido mis simulados coloquios con el Jefe. Por mis observaciones creo que estos salvajes, poseen ya un sentimiento latente de Moral; y es que las **prescripciones del Cisne** van siempre encaminadas á desarrollar en ellos ese sentimiento. Está, pues, un poco preparado el terreno para una más extensa educación.

Llamé á todas las indias y les repartí sortijas y collares, como muestra de lo mucho bueno que les traerian pronto los hombres de **abajo**, que no tardarian mucho en presentarse aquí.

Su alegría se demostró con brincos y saltos de contento. ¡Pobres gentes! Créolas muy dignas de ingresar en el gremio de la colectividad civilizada.

Doy á Ud. mil gracias por las ropas que me envía. Desde mañana, Mariquita—ya convertida en mujer, y yo, nos vestiremos con trajes al uso común de las gentes, dejando los de esterilla que por tantos años cubrieron nuestra forzada desnudez.

Al amanecer emprenderán su viaje de retorno á esa, los cinco indios que Ud. me envió. Les he dado algo de cenar, obsequiándoles lo mejor que he podido, y hubiera tenido gran placer en darles algo bueno para corresponder un tanto al gratisimo mensaje de que han sido portadores. Lo único con que los distinguí fué con darles las grandes y buenas frazadas que Ud. me mandó, para que abrigados con ellas pasen la noche acostados sobre las pequeñas esteras que, á modo de alfombras, cubren el piso de mi **sala**.

Algo me dijeron de la maravillosa Gruta, que á Ud. por tantos años sirvió de albergue. Tal vez algún día tendré el gusto de conocerla. Entre tanto, queda aguardándole y rogando á Dios, para que con toda felicidad realice su ida y vuelta de Europa, S. att. S. Q. B. S. M.,

Ester v. del Jefe Cisne."

Terminada la lectura, don Alberto alargó la carta á Castañeda, que al leerla dijo:

—¿Ve Ud. amigo, como las cosas toman un agradable sesgo? Ud. va á ser feliz muy pronto.

—¡Dios lo quiera!

Siendo ya muy tarde optaron por quedarse en la Gruta y embarcarse al amanecer. El Espíritu dió á los indios abundante cena: después repartióles sus sayos de pieles, todas las telas de cabulla y los cueros de cabrito, que aún sobraron del alfombrado de la almadía, para que, todo eso extendido por el suelo, les sirviera de cama.

—Porque, amigos, les dijo, no tengo aquí mejor cama que ofreceros.

—No hay cuidado—le contestaron—nosotros antes de venir á Miraflores, dormíamos desnudos en el suelo pelado.

Don Alberto sonrióse al oír la franca respuesta. Mucho se puede avanzar en el sentido de buena educación, cuando el hombre conserva sencillez candorosa: se instruirá pronto moral y materialmente, si no intervienen la amenaza y el terror. Si esos terroríficos agentes funcionasen, los catecúmenos, bajo el imperio del temor, mentirán en toda ocasión, adquiriendo un baño de hipocresía, nunca la Moral intrínseca, ó sea, la buena conciencia. Practicarán indefectiblemente el **Parecer** y no el **Ser**: practicarán la **Moral utilitaria**, que jamás es producto de la buena conciencia. Parecerán honradas y buenas gentes... pero si el caso lo requiere, **como no se sepa**... cometerán mil detestables acciones... poniendo en práctica el horrible principio de que **lo que no se sabe es como si no se hubiera hecho**.

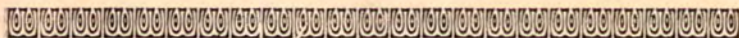
¡Qué error! ¡Pobres ilusos! Si á la larga todo se sabe; todo ¡creedlo! ¡Y entonces, de qué os sirvió vuestro tapadillo? Pues os sirvió para atraeros el desprecio de vuestros contemporáneos, los cuales, si bien, en casos análogos, se portarian lo mismísimo que vosotros, porque la Moral intrínseca anda por las nubes, quieren, á fuer de buenos hipócritas, que vosotros os portéis bien. La situación, en estos casos, asimilase á la de los antiguos espartanos. En Esparta, se castigaba al sujeto que cometía un robo, nó porque robaba, sino porque no supo disimular bien el robo; porque no tuvo bastante astucia para ocultar la fechoría. Aquí encaja perfectamente el símil del **como no se sepa**... que hoy priva por todas partes amparado por la Moral utilitaria.

Al otro día, al amanecer, don Alberto tenía el café listo para todos: los últimos bollos junto á la lumbre y buena cantidad de leche reciente. Terminado el desayuno, el caballero ofreció á los indios regalarles á cada uno una pareja de cabras para que formaran cría. Sería más adelante, cuando el puente que íbase á tender sobre el río, uniera ambas orillas; porque conducir tantos cuadrúpedos en el bote no era muy fácil, aunque sí posible, mejor esperar á llevarlos por tierra firme.

Después de arreglar, poniendo en su sitio paños, pieles y vajilla, doblaron las frazadas y colmaron de buenas frutas el canasto ya vacío, que, lleno de provisiones, trajeron de la hacienda, encamináronse todos á la ribera y embarcándose

dieron suelta al "Céfiro" que airosamente balanceóse con fuertes tendencias de lanzarse río abajo; pero don Alberto empuñando el timón y los indios los remos, pronto lo hicieron obedecer, surcando las aguas contra corriente; efectuaron el viaje en menos de una hora.





CAPITULO XXXI

UNA CARTA DE ULTRAMAR

Al llegar á la casa, los indios fueron largamente retribuidos, volviéndose muy contentos á sus ranchos. Las señoras alegráronse mucho del regreso. Don Gabriel impartió á la esposa detallada narración del raro y bello sitio donde pasó dos días. Como ella demostrase gran deseo de conocer tal maravilla, prometiéndola don Alberto llevarla á la Gruta, mas adelante, cuando recuperara su salud (referíase al estado de embarazo, ya muy adelantado, de la señora).

—Tú, querida niña—dijo á Armida—que ya conoces aquel sitio ¿volverías á verlo con gusto?

—¡ Oh, sí! no me fue allí tan mal para olvidarle.

—Pues, dentro de algún tiempo iremos todos á hacer un buen almuerzo en la Gruta.

El canasto de frutas, presentado á las señoras, fue desocupado en bandejas de fina porcelana que figuraron en el almuerzo.

De sobremesa, don Alberto anunció su próximo viaje á España para traer del Banco su cuantioso capital.

—Pero, dijo la joven: ¿por qué hace Ud. tan apresurado ese viaje, si yo poseo suficiente caudal para adelantar mucho la obra?

—Sí, querida hija, sé que eres bastante rica, pero hay que reunir todos nuestros fondos para enterarnos del efectivo con que contamos. Por de pronto tú serás la primera en los desembolsos. Hemos de principiar por tender un puente sobre el río, pues ni el bote, ni el estrecho callejón que conduce fuera de la Gruta, son capaces para dar paso á los muchos materiales que tendremos de trasladar al Palenque. Es preciso emprender mi viaje mañana mismo. En la capital hablaré á uno ó dos Ingenieros para que vengan á examinar

el sitio más adecuado para echar el puente. Éste es el preliminar más importante para dar cima á mi proyecto. Mi deseo es que la obra comience en el mismo sitio donde está el derrumbe y termine al pie de la loma fronteriza: es de tierra vegetal como lo indica la mucha arboleda que hay en ella. Me parece que con facilidad puede abrirse un camino transversal, que, dando principio al fin del puente, vaya á terminar á la entrada de la Gruta; desde ahí hasta el Palenque todo el trayecto es llano; no habrá qué abrir carretera; apenas sí, poner á largos trechos unos mojones que indiquen al viajero la vía recta.

—¿Qué les parece á ustedes mi proyecto?

—Indiscutible, dijo Castañeda. No soy capitalista para contribuir con efectivo; pero si personalmente puedo servir en algo, me ofrezco á discreción á las órdenes de Ud.

—Mil gracias, don Gabriel: su personalidad es muy necesaria en nuestro asunto, Ud. acompañará al Ingeniero en la inspección de las márgenes del río, yendo en el "Céfiro" á examinar la opuesta. Le advertirá al constructor que no se desea una obra de lujo, sino que ofrezca gran solidez. Los materiales se mandarían traer de Norte América; como todas las piezas vendrán hechas no habrá más que armar. Deseo, cueste lo que cueste, que en cuatro meses á más tardar quede el puente en estado de tránsito. Ahora, señores, voy á arreglar un poco mi maleta y á sacar del arca unos cuantos duros para el viaje. Respecto á los gastos de construcción del puente, serán fuertes: tú, hija, te encargarás de ir abonándolos: don Gabriel, llevará las cuentas.

—Y yo, dijo doña Antonia, ¿nada tengo que hacer?

—Sí, señora; cuidar á su esposo que sudará la gota gorda con las idas y venidas á inspeccionar los trabajos, para que su presencia los active.

—¡Vaya! repuso la señora, más vale poco que nada.

Don Alberto fuese á su cuarto, Castañeda á ver el ganado que debíase mandar al mercado: quería dar pronto cima al negocio de ventas, para quedar libre de esas transacciones comerciales y poder después dedicarse en cuerpo y alma á la consabida inspección.

Armida y su antigua aya quedaron solas.

—Hace días, querida, que deseo preguntarte algo...

—Tú dirás, contestó la joven.

—Pues te diré que aquel día del funesto huracán, que tantas lágrimas nos ha costado, fueron muchos hombres á buscarte por la hacienda: como no te hallaban les ocurrió

soltar la baya que hallaron pastando en el camino de la Ranchería y habían tomado por el freno; pensaron que tal vez el animal espantado por el huracán, huyó, pero ya pasado el pánico quizá, dejándola libre, su instinto la conduciría al sitio donde tú te apeaste. Así sucedió. Registrando las inmediaciones oyeron un débil quejido que salía de debajo del montón de ramas: creyeron que allí estabas tú; pero, cuando cuidadosamente apartaron el ramaje, se hallaron con un joven desmayado con la cara cubierta de sangre que brotaba de una herida que tenía en la cabeza. Las buenas gentes, á su modo, le hicieron la primera cura, y vieron que el herido tenía muy apretado en su diestra un trozo del vestido que tú llevabas aquel día. Trataron de quitárselo, pero estaba tan fuertemente sujeto que no se pudo. En una improvisada parihuela condujeron al joven aquí. Nuestro inolvidable don Guillermo, sabedor de que el padre del herido era el llamado Solitario del Bosque, le mandó avisar y poco después llegó con sentimiento nada equivoco de profunda pena. Por más que el caballero le ofreció esta casa para él y el enfermo hasta la curación de éste, dió efusivas gracias sin aceptar. Ofreció que cuando el joven estuviere en disposición de referir lo ocurrido en la ribera del río escribiría á don Guillermo detallando el suceso; acto continuo se marchó al lado del herido, que iba conducido por cuatro hombres, bien arropado, en una camilla. Pero todos nosotros te lloramos por muerta, pues Gabriel, desde la Somada Alta, vió cómo se río abajo deslizábase una gran porción del árbol donde se veía flotar un trozo de tu vestido. No se podía dudar: te habías ahogado. No me detendré á referirte nuestro dolor que fue muy intenso; el buen caballero se arrepentía de haberte traído á este país... Cada tercer día mandábamos á saber noticias del enfermo. Quince días después el Solitario escribió á don Guillermo, decíale que su hijo ignoraba lo que había sido de tí: que aquella tarde funesta se acercó á la ribera para saludarte, al mismo instante rugió el huracán; instintivamente te agarró por el vestido y... nada más supo.

—¿Y se curaría al fin? preguntó Armida, pugnando por contener sus lágrimas.

—Sí; á los veinte días supimos por un peón, que llegó del puerto, que el Solitario y su hijo, ya enteramente curado, se fueron á la capital, donde el joven, acompañado de un señor marino, se embarcó para Europa. El peón lo vió, y me dijo que no parecía el mismo cazador que conoció, sino su sombra; tan flaco y descolorido se había puesto.

Al llegar á esa parte del relato, ya Armida no pudo contener el llanto. Doña Antonia, sorprendida al contemplar la expresión de dolor, dijo:

—Pero hija mía, no llores así. Si todo ha terminado bien ¿por que te desesperas?

—¡Ay, Antonia! Me aflijo porque he sido la causa, aunque involuntaria, de muchas desgracias. Primero ese joven casi pierde la vida por acercarse á mí, después la muerte de Papacito, ocasionada por mi repentina aparición... Cómo quieres que no deplore tan funestas consecuencias?

—Pues bien, querida mía: confórmate con la seguridad de que tú eres completamente irresponsable de los sucesos acaecidos. Debes convencerte de que el caballero murió porque su larga incurable dolencia le había ya conducido á su última hora. Respecto al joven cazador, curó pronto, tan radicalmente que pudo irse á viajar: conque, ámate y no vuelvas á pensar en esas cosas.

Armida enjugó el llanto, quedando serena en apariencia, no así en realidad. Podía descubrir su secreto... decirselo al aya... pero... ¡no, nó! mejor guardar silencio. Amaba hoy, más que nunca amó, al joven cazador; ese trastorno físico de Alberto, se debía á la creencia de él en la muerte de ella. ¿Quién sabe si allá, lejos, llegaría á olvidarla por otra? ¡Oh! esa idea la aterraba!

Al anoecer regresó de la capital un empleado de la hacienda, trayendo una carta para Armida. Ésta miró el sobre y exclamó:

—¡Una carta de ultramar! ¿Quién me escribe de Europa?

—Talvez alguno de tus padrinos, Blas ó Silvestre...

—¡De veras! Veámoslo.

El sobre decía: "Imperio del Brasil.—Sra. doña Armida del Castillo de Soldevilla.—Belén de Pará.—Hacienda de Miraflores". Abierta la carta, lo primero que hizo Armida fue mirar la firma.

—¡Hola! Antonia; me escribe Elisa de Mendoza. Me alegro que se haya acordado de mí: veamos lo que dice: y leyó en alta voz.

"Santa Cruz de Tenerife, agosto 20, 18..

Sra. doña Armida del Castillo de Soldevilla.

Hacienda de Miraflores.

Mi inolvidable Armida:

A mi regreso de Italia, supe que te habías casado con un

rico americano, partiendo con él y doña Antonia, á esa lejana tierra sin intención de regresar á mi patria. Esa noticia me causó gran dolor, pues si bien me congratulaba por tu ventajoso enlace, impediame hablarte, cosa para mí de gran importancia, pues deseo ardientemente comunicarte un gran secreto, de sumo interés para tí y mucho más para mí, puesto que la revelación que ansío hacerte me aliviará de un gran sufrimiento moral que ha hecho decaer mi salud y amenaza llevarme á la tumba. Si tuviera fuerzas para ello, no te escribiría, sino que emprendiendo viaje iría á tu lado, mas no estoy en estado de poder hacerlo ¿querrias tú venir? ¡Ah! ese sería demasiado bien para quien, como yo, no merece sino baldón y desprecio. Si pudiera entrevistarme contigo, puede que tu ingénita bondad hallara alguna disculpa á mi pésima conducta. Si no puedo hablarte antes de morir, dejaré escrito algo de mi vida y ahí revelado el secreto que tanto anhelo comunicarte. Ese escrito te será entregado después de mi muerte. ¡Adiós, querida niña! Quedo rogando al Cielo que te inspire el deseo de venir á conceder tu perdón á quien con tanta falsedad se portó contigo. Repitiendo mi adios, acaso eterno, espera tu contestación la desgraciada

Elisa de Mendoza."

—P. D.—Mis recuerdos á doña Antonia."

Muy emocionadas las señoras con la lectura de esa carta, discurrían cuál sería ese secreto y esa ofensa grave que Elisa confesaba haber inferido á la joven: ello era cosa enigmática y sería inútil cualquier suposición.

—Sea lo que sea, Antonia; mi conciencia me dicta acudir en auxilio de esa pobre Elisa, que me hace un llamamiento desesperado, es decir, lo hace á mis sentimientos de cristiana...

—Entonces ¿vas á Europa?

—Sí; ya basta de desgracias por mi causa. Si Elisa muriera sin yo acudir á su lado, jamás me lo perdonaría mi conciencia: me reprocharía siempre esa falta de caridad, esa indiferencia para el prójimo atribulado. Cuento con todos los medios para efectuar el viaje: iré, pues.

—Abundo en tus rectas ideas: si mi estado no lo impidiera partiría contigo: no lo dudes.

—Nó, no lo dudo; conozco bien tus buenos y abnegados sentimientos. Por favorecer á la huérfana desvalida ¿no fuiste, un día, cocinera de un hotel? ¡Ah! mi querida Antonia: nunca podré pagar tu incomparable afecto...

—Estoy muy bien pagada, niña mía; por tí vine á este bello país: por tí tengo esposo que me adora y es el hombre mejor del mundo, y finalmente, por tí soy rica. Conque ya ves quién debe á quién.

Armida no pudo dejar de sonreír al considerar la manera con que doña Antonia eludía prestados servicios, mostrándose deudora y no acreedora de la joven. Ahí resplandecía el gran cariño que profesaba á la antigua educanda.

Después de arreglar su maleta de viaje, don Alberto entró en el salón. Armida alargóle la carta de Elisa, diciendo:

—Va Ud. á tener compañera de viaje ¿Qué le parece á Ud. esa carta? ¿Cuál sería, en mi lugar, su conducta de Ud.? Deseo saber su opinión, amigo mío.

—Pues mi proceder en este caso sería, sin vacilación alguna, acudir al ruego de quien solicitase mi amparo para tranquilizar su conciencia. ¿No sabes que soy acérrimo partidario de la Moral intrínseca? “A tu prójimo como á tí mismo”.

—¡Cuánto me complace que su opinión esté conteste con la mía! Yo había resuelto partir, pero quise averiguar si Ud. estaba acorde con mi proceder.

—Entonces me detendré un par de días para que tengas tiempo de arreglarte...

—No, no. Nada tengo que arreglar. Estoy de luto: ese estado rechaza modas. En la capital me proveeré de un par de vestidos negros, guantes y un sombrero adecuado: nada más necesito.

—Muy bien; entonces mañana, después del almuerzo, saldremos de aquí en coche: como llegaremos temprano tendré tiempo para hablar con algún Ingeniero. Supongo que don Gabriel nos acompañará hasta el puerto...

—¡Ya lo creo! dijo la esposa, les acompañará hasta el embarque; y ese señor Ingeniero que Ud. va á contratar, vendrá con Gabriel, pues entiendo que la construcción del puente será á escape...

—Así es, señora mía. Esa obra pide gran premura: sin ella no podré dar principio á la civilización de mis salvajes.

Al otro día, muy temprano, mandó Armida á llamar á todas las indias de la Ranchería: todavía no las había visto después del regreso á la hacienda.

Con motivo de la muerte de don Guillermo, ellas no se habían atrevido á venir á la casa: si no hubiera ocurrido tal desgracia al punto hubieran corrido á ver á la niña. Recibido el recado de Armida, antes de media hora hallá-

banse en su presencia. La joven las abrazó á todas, dándolas noticia de su viaje á Europa, volvería muy pronto, dentro de tres ó cuatro meses á más tardar y las llamó para despedirse y dejarles un recuerdito...

—¡Ay, niña! ¿apenas llegás y ya te volvés á ir?

—Es preciso, amigas mías; vendré muy pronto y les traeré de **abajo** alguna cosa bonita.

—¿Y te vas sola, niña?

—Nó, voy con el señor que me salvó de morir en el río.

—Pos antoce no corrés ningún peligro porquel te llevará con bien.

La joven hizo repartir entre las indias, varias golosinas para que regalaran á su prole, terminando por entregar á cada una cuatro duros para que se hicieran todas, enaguas muy bonitas, y las estrenaran el día de la fiesta, que ella les daría cuando regresara del viaje. Al fin, después de mil demostraciones de agradecimiento, se despidieron retornando á sus ranchos.

Después de almuerzo, Armida despidióse cariñosamente de su amiga y subió al coche ya preparado con buen tiro de caballos. Don Alberto estrechó la mano á la señora diciendo: ¡hasta después! y el marido la abrazó diciendo también ¡hasta dentro de algunas horas! Subieron al carruaje donde con antelación se acomodó el exiguo equipaje, y al galope, desapareció pronto en la llanura.

Tres horas después llegaban á la capital. Dejando el coche en una cochera y los corceles en la adjunta caballeriza, encamináronse los tres viajeros al mismo hotel donde, meses atrás, se efectuó el casorio de Castañeda. Los caballeros fuéronse en busca de algún Ingeniero, mientras Armida, acompañada de una hija de la Patrona, se dirigió á un almacén de ropa hecha surtiéndose allí de los pocos efectos que necesitaba para el viaje. De regreso al hotel, hallóse con sus compañeros que sostenían animada plática con un sujeto alto y flaco, rojo, con ojos azules, que si estuviera en otras carnes sería un hombre muy galán, pero, como dice el adagio "dámelo flaco, dámelo feo", de ahí que el hombre no luciera bien apesar de sus correctas facciones. ¿La edad? ¡Bah! ¿quién puede precisar la edad de un ser demacrado? No tenía canas, por consiguiente había indicios de juventud. El sujeto alto y flaco, era nada menos que Ingeniero de caminos, canales y puentes. A la cuenta, cesante á la sazón, pues desde luego aceptó las propuestas de sus interlocutores. Partiría con Gabriel para examinar el terreno: haría una lista de todos los útiles necesarios á la cons-

trucción, los cuales, por la vía más corta, se traerían inmediatamente de Norte América. Realizaría la obra con gran número de operarios para terminarla rápidamente...

—Porque, señores, según entiendo, ustedes desean que el puente se tienda sobre el río á la mayor brevedad.

—Así es, señor: si dentro de cuatro meses está en disposición de tránsito, aunque falten algunos accesorios, no solamente percibirá Ud. sus honorarios, si que también me daré el placer de obsequiarle con una bonita prima.

El Ingeniero—que era yankee—sonrió plácidamente, prometiendo hacer imposibles para complacer los deseos de los contratistas. Despidióse hasta que Castañeda le avisara su regreso á Miraflores. El aviso no fue muy esperado.

Al día siguiente zarpaba un buque con dirección á las Antillas, y don Alberto tomó dos pasajes en él. Volviendo al domicilio dijo á la joven.

—Hija, creo que don Gabriel será ahora el Cajero. Aquí tienes la llave del arca de caudales.

—Désela Ud. á él. Si faltare dinero pídale Ud. al Banco, don Gabriel. Voy á darle mi firma en blanco para que, si es necesario, haga Ud. uso de ella.

Al efecto, trájose un pliego timbrado; la joven estampó su firma al pie; lo demás... que se entendiera Castañeda. Este, en consecuencia, quedó dueño de Caja y capital: no era un Poder en regla; pero bastaba con aquella firma, luego, en el blanco, bien podría escribirse lo que se quisiera; pero don Gabriel no era un estafador, sino un sujeto de bellas prendas; de acrisolada probidad; tipo del hombre honrado, que hace falta imiten los muchos sujetos que prefieren las torcidas sendas donde al fin se estrellan...

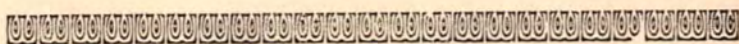
Al día siguiente, después de calurosa despedida, los viajeros subieron á la nave, donde ya descansaban en los contiguos camarotes sus respectivas maletas. Tremolando sus pañuelos de bolsillo dieron el último adiós al amigo, que allá en el muelle, les contestó con igual saludo. El barco, con vapor y velas desplegadas por ser favorable el viento, pronto perdióse de vista en el lejano horizonte.

Don Gabriel se avistó con el Ingeniero, y subiendo ambos al coche, al trote de las cuatro bestias llegaron á Miraflores á la caída de la tarde. Fueron obsequiados con buena cena, descansando toda la noche con pacífico sueño.

Muy temprano los señores fuéronse á visitar las márgenes del río. El bote "Céfiro" se echó al agua empuñando ellos mismos los remos pronto tomaron tierra en la opuesta orilla. Tratábase de explorar la loma fronteriza para ente-

rarse si la apertura allí, de un camino subiendo diagonalmente en cuesta, era practicable. El ingeniero opinó que la cosa era factible abriendo la carretera de modo que formara tres vueltas, no muy grandes pero sí capaces para atenuar la subida; la última iba á terminar por detrás de las rocas, en la gran llanura que conducía al Palenque. Muy contentos con ese dictamen que coincidía con los deseos de don Alberto, Castañeda y el Míster regresaron al "Céfiro". Pasado el río, tiraron del bote dejándolo fuera del agua y encamináronse á la casa. Don Gabriel condujo al Ingeniero á la habitación que contenía un lujoso escritorio, sentóse en él y comenzó la lista de los materiales que debían traerse; terminada, la guardó en su bolsillo, diciendo que él mismo la enviaría, acompañada de una carta en la que suplicaría á la casa constructora mandara á la mayor brevedad los efectos pedidos. El, encontraría en la capital un número de operarios que conocía, por haber servido bajo sus órdenes en otras construcciones anteriores. El Ingeniero, después de ser espléndidamente obsequiado con un semi-banquete, se despidió para volver pronto con algunos trabajadores que arreglasen el terreno de ambas márgenes del río: así estaría listo para, cuando llegasen los materiales, comenzar sin demora á tender el puente. Haciendo camino pensaba con fruición que en la temporada que iba á pasar en Miraflores, con tan buena mesa, echaría carnes... ¡Pobre Míster, estaba muy flaco!

Dejando al buen señor con sus perspectivas de engorde y á la familia de la hacienda en espera de la próxima selección anhelada con ansia por don Gabriel, sigamos á nuestros viajeros marítimos, que importa.



CAPITULO XXXII

LOS RETRATOS CREDENCIALES

Así como todas las Potencias aunadas alzaron el grito pidiendo la reconstrucción de la antigua Grecia, desmembrada por el Musulmán, en memoria de haber sido aquella, emporio de Ciencias y Artes, así mismo debieron erguirse pidiendo para España la soberanía sobre Cuba.

España, descubridora, progenitora y fundadora de la América latina, de inmensos territorios ignorados hasta el grandioso descubrimiento de Colón, no posee hoy en América ni un palmo de tierra propia.

Cuba, la mayor y más hermosa de las Antillas, la más avanzada por su posición geográfica hacia Europa, jamás debió quitársele á España. Ella sería la hija cariñosa y predilecta de la Madre-Patria, abandonada por todas las demás... Quién pudo evitar esa grande injusticia guardó silencio, porque la ingratitud y la falsedad, asidas de la mano, visitan con frecuencia á los mortales.

Conceder la autonomía á Cuba, sí, pero que el pabellón Ibérico, tremolara siempre sobre el Morro y la Cabaña: eso hubiera sido lo equitativo y justo; pero ¿acaso la Equidad y la Justicia son patrimonio de la humanidad? ¡Pocos, muy pocos son los hombres privilegiados, que alientan esas virtudes bellas...!

Después de un feliz viaje fondeó el buque en la gran bahía de la Habana. Armida, con su gran cabellera rojodorada, sus ojos azul oscuro, su rostro alabastrino y porte estatuario, llamó mucho la atención de todos los pasajeros, que hacían comentarios sobre la procedencia de tan sobresaliente belleza. Nadie lo supo, pero se sabía con certeza que venía del Brasil; conjeturaron que aquella sería su patria, aunque el tipo no lo indicaba... quizá sería una

européa que volvía á su país... Al atracar el barco don Alberto y la joven, hicieron un ligero saludo á los inmediatos pasajeros y llevando á mano sus pequeñas maletas saltaron ligeramente al muelle, tomando un coche de alquiler que los condujo al primer hotel que hallaron al paso. Como no pensaban permanecer en aquella capital sino muy poco tiempo importaba poco que el hotel fuera bueno ó nó. No obstante, el hospedaje era confortable. Sobre las mesas de sus respectivos aposentos había libros y periódicos, sin duda, brindados á los huéspedes para su respectiva distracción. Después de reposar un poco, dijo Armida:

—Amigo mío, deseo poner un parte cablegráfico á Elisa, para enterarla de que pronto estaré á su lado: ella ignora si acudo ó nó á su llamado y como está delicada de salud...

—Me parece muy buena y caritativa tu idea, “el que da pronto da dos veces”. Voy á la Oficina del cable.

Don Alberto se informó pronto del sitio que buscaba. Como en la época de esta Historia, era Cuba todavía dependiente de España, los españoles pululaban por do quiera. Uno de ellos, viendo á un compatriota que buscaba algo, acompañó á don Alberto á la oficina. Este escribió un cablegrama que decía: “Señora doña Elisa de Mendoza. —Santa Cruz de Tenerife.

Llegaré á esa por el primer vapor correo.

Armida del Castillo v. de Soldevilla.”

Terminada esa diligencia, el caballero se informó de la salida del correo de ultramar, dijosele que el día siguiente por la tarde, partiría el vapor; en consecuencia, fue á la Agencia respectiva y tomó dos pasajes de primera. Volviendo en seguida al hotel, dió la buena noticia á la joven, que se aburría de estar allí mientras allende los mares se la aguardaba ansiosamente.

—El cable es un gran invento, dijo Sorel. No podemos llegar á Santa Cruz antes de quince días, y no obstante, esa señora que te aguarda, sabrá en muy corto tiempo que acudes á su llamada.

—¡ Ah! Si no ocurriera la detención de estaciones, creo, que apenas escribiéramos las palabras darían la vuelta á la tierra, obteniendo respuesta no en horas, ni minutos, sino en segundos.

—Lo mismo creo; y nuestro pensamiento debe ser eléctrico, pues tiene la misma rapidez de la electricidad;

ya lo encaminemos al centro de la tierra; al fondo de los mares, á las más apartadas regiones ó á las grandezas celestes, va y viene del uno al otro punto con maravillosa volubilidad, sin rendirse nunca por mucho que viaje: eso és, á pesar de los materialistas, un signo seguro de inmortalidad.

—Soy de su misma opinión, amigo mío: tan insigne facultad, no debe terminar bajo la losa de un sepulcro...

Al día siguiente, como tenían toda la mañana libre, pues el embarque se efectuaría en la tarde, el caballero dijo á la joven si quería salir de paseo ó quedarse en casa, ella contestó:

—Vaya Ud., amigo mío. Sé que esta ciudad es grande y bella pero no tengo ánimo de salir. Me gustará más leer algo en estos periódicos que veo aquí.

Don Alberto, que no deseaba otra cosa que distraer á su amiguita, buscó entre los diarios el último número escrito en francés y lo entregó á la joven.

—Ahí tienes un periódico impreso en tu lengua materna: eso te llevará por un rato á la patria nativa. Yo leeré en este otro escrito en español. Vamos á ver qué se dice por Francia y España.

Y ambos comenzaron sus respectivas lecturas. A poco, don Alberto exclamó:

—¡Hija! Lo que pasa en mi país es cosa insufrible! Las guerras no cesan de asolar aquella pobre Nación. Años atrás, según supe en mis viajes, Francia echó sobre España un ejército de cien mil hombres, nó con el fin de tomársela para sí, como en tiempo de la Independencia, sino para afianzar en el trono á un Rey absoluto, que al punto puso en vigencia el Tribunal de la nunca bien ponderada **Santa Inquisición**, faltando á la Constitución jurada y fusilando sin misericordia á los mismos liberales que, previa la sagrada promesa de reinar constitucionalmente, lo sacaron de su prisión de Balency. Muerto ese Rey perjuro, ahora la guerra es civil, españoles contra españoles. Carlistas y Cristinos luchan desesperadamente; aquellos por implantar sobre el Trono el fanatismo, personificado en el Pretendiente don Carlos, que lleva en la mano la espada y el rosario en la cintura, estos por defender el derecho de la pequeña Isabel, verdadera y legítima heredera de la disputada Corona. ¡Y que haya españoles que prefieran la oscuridad á la luz! ¡Oh! Por nada del mundo volvería á vivir en medio de esas guerras fratricidas, en medio de esas gentes que han tergiversado de tal modo el cristianismo, que ya apenas

existe algún destello de la gran Doctrina de paz y fraternidad, impartida por su excelso Fundador. Pienso terminar mis días en medio de un pueblo creado por mí mismo: educado bajo los sagrados principios de la verdadera Moral Cristiana.

—Pues según leo aquí, dijo Armida—la cosa no anda mejor por mi patria. Han destronado á Carlos X por haber puesto cortapisas á la libertad, sobre todo á la libertad de la Prensa. Hubo barricadas y metralla, resultando de ello no pocos muertos y heridos. Al fin, el anciano Rey, recordando, sin duda, el trágico fin de su hermano Luis XVI, puso pies en polvorosa, huyendo aterrado, más allá de la frontera francesa. Ahora anda todo revuelto en París: unos piden República, otros Rey... en fin, que por ahora mi país está poco más ó menos como el de Ud. Epoca de sangre y luto, dolor y lágrimas, para innúmeras familias. ¡Oh! yo como Ud., abomino todos esos desastres. ¡No volveré nunca más á Francia!

—Pues seremos dos desterrados voluntarios. Allende los mares, en los campos brasileños, viviremos tranquilamente en medio de aquellas encantadas florestas y de los opimos frutos con qué nos brinda aquel privilegiado suelo.

Hablando de esos detestables sucesos que ocurrían por Europa, llegó la hora del embarque. Fuéronse al muelle en coche; pronto quedaron abordo ellos y sus maletas.

Momentos después, el vapor, lanzando columnas de humo por sus chimeneas, desfiló ante el Morro y la Cabaña, navegando en pleno Atlántico.

Quince días después, el buque fondeaba en el puerto de Santa Cruz.

Nuestros dos viajeros encamináronse al "Hotel de la Reina", donde el año anterior celebróse el banquete de boda de don Guillermo y Armida. Al instante la reconoció la Patrona, la cual tuvo gran alegría con esa visita inesperada. Al punto preguntó por el bueno y espléndido señor de Soldevilla. Armida, señalando su vestido negro, contestó que su Papacito había muerto.

—¡Ah! señora, bien se conocía que estaba muy enfermo, pero también se notaba que era muy bueno, muy generoso; le doy á Ud. mi sentido pésame.

—Muchas gracias. Papacito era una excelente persona, no hay palabras para elogiar su bondad. Yo emprendí este viaje, no buscando distracción, sino por visitar á una amiga enferma que desea verme y he querido complacerla.

Don Alberto pidió dos cuartos contiguos para él y la

joven. Frente á esos cuartos había una galería de cristales con vistas al bonito jardín de una casa inmediata. Armida, apoyada en la baranda, esparcía la vista contemplando los bien distribuidos parterres atestados de bellas, aromáticas flores, cuyos ondulantes perfumes aspirábanse desde el balcón donde la joven se apoyaba: absorta en esa contemplación, no oyó unos pasos que subían la próxima gradería, pero al acercarse el rumor volvióse rápidamente, hallándose ¡Gran Dios! frente á frente de Alberto! Sí; era él, que estupefacto de asombro, la miraba con señales de extravío...

—¡Que veo!! articuló al fin. ¿Es Ud. Armida?

—¡Sí, Alberto! Soy la misma Armida del Brasil; la misma que se llevó el río y que, milagrosamente se salvó.

—Pero ¡Gran Dios! ¿qué dichosa casualidad la trae á mi presencia, cuando desesperado, casi muerto de pena, me lancé á viajar por obedecer á mi padre? ¡Ah! quién me diría que este viaje forzado debía devolver á mi destrozado corazón la perdida calma!

—¡Silencio, amigo mío! Vea Ud. mis vestidos de luto.

—¡Ah, sí! lleva Ud. luto ¿por quién?

—Por mi excelente Papacito; muerto hace apenas dos meses.

—¿Muerto don Guillermo...?

—¡Sí; con la gran sorpresa que le causó mi repentina aparición, cuando cinco semanas antes me lloró por muerta, estalló la aneurisma que padecía de mucho tiempo, muriendo en el acto como herido del rayo.

—Querida y adorable amiga, aunque esa muerte abre ante mí porvenir una vía feliz, no soy tan egoísta para dejar de sentir la defunción del buen caballero. Crea Ud. que sinceramente me asocio á su pena y la doy el más sentido pésame por esta desgracia.

—Gracias!—dijo la joven— estrechando la mano que Alberto la tendía.

—Ahora, amiga mía, dígame ¿quién la acompaña á Ud. en este viaje?

—Un respetable caballero, al cual debo la vida; sin su oportuno y rápido auxilio me hubiera, indefectiblemente, ahogado en el río.

—¡Cuánta gratitud debo á ese señor! ¿Querrá Ud. presentarme á él?

—¡Oh, sí! Ahora mismo.

Don Alberto, entretenido con las ocurrencias de Sancho Panza, pues había hallado á mano un Quijote, y leía en él, fue interrumpido por Armida que entró acompañada de un bello y elegante joven.

—Querido amigo, tengo el gusto de presentarle un conocido mío de allá, de Pará: su nombre es Alberto... ¿cómo? interrogó la joven mirando á Alberto, nunca supe su apellido de Ud.

—Mi nombre es Alberto Velazco Sorel.

Don Alberto, que al entrar la visita se había levantado, adelantó dos pasos repitiendo, inmutado:

—¡Velazco Sorel...!

—Este caballero que me salvó la vida, se llama don Alberto Sorel, dijo Armida.

—¡Ah! repuso el joven, ¿seremos parientes?—y dió la mano á Sorel, mientras le miraba fijamente.

—Joven, ¿Cómo se llama su padre?

—César Velazco.

—¿Y su madre?

—No la tengo; murió en el incendio de su propia casa, allá en la Palma.

Don Alberto, sin poder disimular su emoción sacó del bolsillo el retrato de César, que nunca, ni en la Gruta, le abandonó, y presentándolo al joven, dijo:

—¿Conoce Ud. al original de este retrato?

—¡Oh sí! es el retrato de mi padre, aunque más joven de lo que es hoy.

Ya el caballero no necesitaba más pruebas; aquel era su nieto; el nieto que, por tantos años, había buscado inútilmente.

—¡Hijo mío, ven á mis brazos, yo soy tu abuelo! Y abrazándole estrechamente hízole sentar á su lado.

¡Oh, querido niño! Cuánto tiempo te busqué por el mundo sin obtener noticia alguna de tus huellas.... es verdad que no fuí al Brasil....

—Pero, señor ¿cómo puedo ser su nieto, si mis abuelos murieron? El paterno, antes de casarse mi padre: el materno, durante la guerra de la Independencia murió heroicamente en el sitio de Zaragoza. ¿Cómo, pues, es Ud. mi abuelo?

—Toda esa noticia es falsa, hijo mío; yo no perecí en batalla alguna: no fuí uno de los héroes de Zaragoza. Fuí, en consejo de guerra, sentenciado á muerte por los franceses. El padre de esta joven, gran amigo mío, me salvó la vida; me dió un pasaporte con nombre extraño, pudiendo por medio de ese subterfugio, escapar sano y salvo á Filipinas, donde permeneé muchos años. Ya te contaré esa historia con detenimiento: ahora no hay tiempo, porque es larga. Sólo te diré que, cuando tuve noticia de que el Gobierno

francés ya iba á terminar en España, envié desde los antípodas una carta á tu madre, que entonces supo que tenía su padre vivo. La relataba mi salvación del fusilamiento y además la envié mi retrato...

—¡ Un retrato!—dijo Alberto interrumpiendo al abuelo y sacando del bolsillo el que César le entregó al embarcarse, allá, en Belén de Pará—¡ Un retrato! ¿Será éste por ventura?

—¡ Sí, sí!—dijo al verlo Sorel. ¿Conoces la inscripción que contiene? ¿La conoce tu padre?

—No, señor; él ignora como yo, que ahí haya inscripción alguna.

—Pues lee y acaba de reconocerme.

Y apretando un microscópico resorte que había en el marco se levantó la tapa apareciendo al reverso de la miniatura esta dedicatoria:

—A mi querida hija Angelina, envía recuerdos desde Manila, su padre Alberto Sorel.

—¡ Ay, abuelo mío, perdone mi incredulidad! Ya no dudo. Yo creía firmemente que no tenía abuelos.

Y abrazó efusivamente al caballero. Después quedóse mirándole. Si hubiera tenido aún un resto de duda caería al punto al considerar el exacto parecido del sujeto con la fotografía. Aunque habían pasado muchos años, ya sabemos que don Alberto, mediante un régimen superior de vida, se conservaba con grandes apariencias de juventud, á pesar de su edad, que subía más alto de los cincuenta y cinco.

—Mi padre, dijo Alberto, en unos papeles que me entregó, refiere algunos episodios de su vida: me habla de Ud. como padre de mi madre y muerto en la guerra.

—¿Cómo había de hablarte de mi existencia si la ignora? ¿Y con qué objeto traes tú ese retrato contigo?

—Me lo entregó mi padre con el fin de que preguntase en la Palma á la íntima amiga de mi madre, doña Carmen de Lozano, si conoce al sujeto que representa. Dice él que anhela enterarse del nombre del autor de todas sus desgracias, porque mediante ese retrato, cometió un hecho punible del cual jamás ha podido olvidarse.

—Sé muy bien esa triste historia, hijo mío: tu padre se portó vilvente con mi hija; su proceder fué inicuo é in....

—¡ Ah, nó, nó, por Dios, abuelo mío! Perdone Ud un momento de arrebató que le ha costado diecisiete años de arrepentimiento y soledad. Vive, allá muy lejos, sin ningún humano comercio: en los contornos se le conoce con el nombre del Solitario del Bosque. Me ama hasta la idolatría.

¡Por Dios! no le ultraje Ud., porque yo también le amo mucho.

—Bien, querido niño: respetando tu filial cariño, no volveremos á hablar de César. Pero yo necesito reivindicar ante tu padre la memoria de mi hija ultrajada. Debes darme ese retrato para presentárselo yo mismo y que reconozca el original. Allá haremos las paces: él reconocerá su funesto error: yo, como buen cristiano, le perdonaré.

El joven volvió á abrazar al abuelo y besándole la mano, le entregó el retrato.

Durante el coloquio de abuelo y nieto, Armida, llena de alegría, pensaba que esta vez ella había atraído la dicha sobre esos dos seres que, sin su viaje, talvez no se hubieran conocido nunca. Pensaba que al regresar al Brasil, don Alberto perdonaría la gran ofensa al padre de Alberto: se convertirían en amigos íntimos y el pobre Solitario podría aún ser feliz. Yo por mi parte—pensaba—le invitaré á frecuentar mi casa de Miraflores; Alberto me secundará en eso, y entre todos trataremos de hacerle olvidar ese pasado que deplora.

—Alberto, hijo mío, como dije antes, he de referirte mi larga historia. Ahora nó porque voy con Armida á visitar una señora enferma que le suplicó, por medio de una carta dirigida al Brasil, hiciera este largo viaje para comunicarle verbalmente un asunto importante que atañe á esta joven. Almorcemos algo primero, y vámonos allá en seguida.

No hay para qué decir que los tres comieron juntos. Cuanto al Mentor, don Miguel Pérez, andaba por esas calles registrando todos los rincones de la ciudad.

Terminado el almuerzo, la joven púsose abrigo, guantes y sombrero, diciendo:

—Que venga con nosotros el amigo Alberto. Uds. se quedan en el salón mientras platico con Elisa, talvez la conferencia sea larga... ese tiempo puede Ud. aprovecharlo en ir relatando á su nieto algo de lo mucho que tiene que contarle. ¿Les parece bien?

—¡ Buen plan! Aceptado sin restricción.

Dicho lo cual, encamináronse á la casa de doña Pilar del Castillo, hoy propiedad de Elisa de Mendoza. Al anunciarse, una sirvienta condujo á los señores al salón. Armida la dijo:

—Haga Ud. el favor de anunciarme á doña Elisa: díga-la que aquí está Armida del Castillo, recién llegada de la Habana.

La doméstica entró en el aposento inmediato, regresando al minuto con orden de que entrara la joven, que al momento se halló en el cuarto dormitorio.

Recostada en ancho sillón se hallaba Elisa, bastante desmejorada, pero siempre bella. Quiso levantarse, mas Armida se lo impidió acercándose, rápida, y abrazándola estrechamente.

—¡Quieta, quieta, querida Elisa! No se levante para recibirme. Somos antiguas amigas, no hay que usar cumplimientos. Veo que está Ud. un poco más delgada, pero no mucho: es siempre la hermosa dama que conocí en casa de mi tía.

Al oír á esta joven generosa y solícita, á pesar de las explicaciones de su carta, lágrimas de pena y gratitud inundaron el rostro de Elisa, que no hallaba palabras con qué agradecer esa conducta.

—¡Ay, amiga mía! No llore así, por Dios! que me duele mucho ese llanto! Dice Ud. que me ha ofendido, que necesita mi perdón... Pues bien, sea lo que sea esa ofensa, está Ud. de antemano perdonada. Guarde Ud. silencio: no evoque recuerdos que talvez la apenan mucho: no quiero saber nada... ¿No basta á Ud. que, según su ardiente deseo, la perdone de no sé qué ofensa, que quiero ignorar?

—No, mi digna y excelente niña; no basta para tranquilizar mi asustada conciencia, tú perdón incondicional. Es preciso que primero oigas mi confesión. Antes no puedo aceptar ese perdón que tu ingénita bondad me otorga sin conocer las graves culpas que he cometido.

La escucho, querida amiga; puesto que no puedo evitar que hable, hable Ud.



CAPÍTULO XXXIII

LA CONFESION

—Mi queriña niña, tú y todos los que me han conocido de diecisiete años á esta parte, estáis en un error respecto á mi personalidad. Elisa de Mendoza no existe: es un nombre mítico. Mi nombre verdadero es Angelina Sorel.

—¡Jesús!—gritó la joven poniéndose en pie. ¿Es cierto, señora?

—¡Lo juro!—añadió la enferma, soy Angelina Sorel.

Don Alberto y el nieto, al oír el grito de Armida, temerosos de que en el aposento sucediera algo desagradable, asomáronse á la puerta: la joven les indicó que entraran.

—¿Quiénes son esos caballeros?—preguntó la penitente.

—El mayor me salvó la vida allá en el Brasil, el otro es su nieto. Mi salvador se llama don Alberto Sorel. Tenía una hija que pereció en el incendio de su casa propia, en la ciudad de la Palma. Esa hija se llamaba Angelina. ¿Conoce Ud. á este caballero?

—¡Dios mío! ¿Será mi padre?

¡Qué escucho! Señora ¿no es Ud. Elisa de Mendoza?

—¡Nó, nó! ese nombre es supuesto; yo me llamo Angelina Sorel.

—¿Entónces, eres mi hija?

—Si Ud. fué el que viajaba en la corbeta "Isabela" que naufragó en los mares de la Oceanía....

—¡Soy el mismo! pobre y desgraciada hija mía! ¿Conoces este retrato?

—¡Ay, sí! Es el que mi padre me mandó de Manila hace muchos años.

—Pues bien—dijo Sorel abriendo la tapa—lee esto.

Angelina—porque en efecto era ella—leyó la dedicatoria

convenciéndose al fin de que el caballero era su padre. El la abrazó con ternura, ella no correspondió sino besándole la mano al mismo tiempo que derramaba copioso llanto.

—¡Dios mío!—dijo balbuciente—¡qué felicidad y qué desgracia!

—¿Qué te apena tanto, amada hija? ¿No te alegras de nuestro encuentro?—dijo abrazándola cariñoso.

—¡No soy digna de su cariño, padre mío! He sido muy desgraciada y muy culpable. ¡Ay, si no me hubiera arrebatado mi adorado hijo, yo habría sido buena!

—¡Aquí tienes tu hijo!—dijo don Alberto echando al joven en brazos de su madre.

Esta lo estrechó con fuerza, pero en seguida aflojando los brazos perdió el sentido. La emoción fué demasiado violenta para una mujer que tanto había sufrido.

Al momento empleáronse todos los remedios que esos casos requieren: frotaciones de agua de Colonia, aspiración de éter... Mediante los reactivos, Angelina volvió de su desmayo. Tal vez á causa de su decadencia, el ataque epiléptico, ó mal del corazón, no reapareció. Ya en pleno conocimiento, Alberto la besó las manos, diciendo:

—Madre mía, ¿me reconoce Ud. por su hijo?

—¡Oh, sí! Aún conservas mucho del niño; sus grandes ojos negros, su ensortijada cabellera y toda su belleza. Además, eres tan parecido al que un tiempo fue mi César, que me sería imposible dudar de tu identidad. Tengo que hacer una confesión que pensé oyera sólo Armida y entiendo, con gran rubor, que también mi padre y mi hijo la han de oír....

—Podemos retirarnos, hija mía, dijo Sorel.

—¡Nó, nó! Yo veo en esto la mano de Dios, que ha dispuesto presencien mi humillación, los dos séres más queridos que tengo en el mundo.

Diciendo así, iba á continuar la interrumpida confesión, pero Armida, tapándose los oídos con las manos, dijo que no la escucharía sino después de que tomara algún alimento confortable. Angelina sonriendo tristemente concedió la tregua.

La joven que conocía bien la disposición de la casa, encaminóse á la cocina, para buscar allí alguna sustancia reparadora.

Entretanto, el caballero, estrechando la mano de su hija, dijo así:

—Hija mía, este día debe ser para nosotros un día grandemente feliz: no evoquemos tristes memorias que turben la presente dicha.

—¡ Sí, mi queridísima madre, escuche Ud. á mi abuelo: no insista Ud. en hacer esa enojosa confesión, la damos por hecha, no queremos oirla. Regocijémonos con nuestro inaudito, inesperado reconocimiento. Apenas hace dos horas que, mediante dos retratos, que fueron nuestras credenciales, nos hemos mutuamente reconocido mi abuelo y yo. Ahora otra reconocimiento más grande, puesto que mi abuelo recobra á su llorada hija y yo á mi desconocida madre, viene á colmar nuestra dicha. ¿Por qué quiere Ud., madre mía, nublar con dolorosos recuerdos el brillante sol de nuestra felicidad?

—¡ Ay, padre mío! ¡ Hijo querido! Yo necesito descargar mi conciencia agobiada bajo el enorme peso de gravísimas faltas, algunas criminales, según la Ley! ¿No queréis que mi alma dolorida y triste, alivie su dolor confesando sus culpas? Yo no podré gozar de paz alguna, ni aún en medio de vosotros, que sois por mí adorados. . . . Si no queréis oírme, aceptaré esta nueva pena como expiación de mi pasado, bajando en silencio á la tumba. . . .

—¡ Nó, nó, hija mía! Si para tranquilizarte necesitas hacer esa confesión, habla: no insistimos más en que guardes silencio: tu salud, tu vida antes que todo.

Armida entró á la sazón trayendo una taza de buen caldo, una botella de vino generoso y una copa. Alargó la taza á la enferma, que en seguida se la tomó, después presentolé la copa llena de vino que también fué apurado. Ese rico estimulante hizo inmediatamente colorear el pálido rostro de Angelina que, naturalmente, se embelleció.

Su hijo la dijo sonriendo:

—Pero, madre mía, si Ud. es una mujer muy hermosa. Es posible que cuando retornemos al Brasil y mi padre la vea, vuelva á las andadas teniendo celos de cualquier hombre que la mire. Pero en mí tiene un acérrimo defensor. Su hijo sabrá defenderla á capa y espada. Por otra parte, mi padre me adora, mira por mis ojos: lo que yo vea verá él y nada más.

Todo eso lo dijo el joven en tono festivo.

La madre lo atrajo á sí besándolo en la frente.

—¡ Ay, mi Albertito! Si no te hubieran robado de mis brazos, mi vida fuera otra. . . . ¿Vive tu padre?

—¡ Ah, sí! Allá muy lejos nos aguarda. ¿Volverá Ud. á quererlo?

—Juré perdonarlo el día que te hallara: está, pues, perdonado. Cuando termine la narración que os voy á hacer, ponle á tu padre un parte cablegráfico, para que sepa pronto

que todos nos hemos reconocido. Eso tranquilizará también su conciencia, que algo le habrá hecho sufrir.

—¡Mucho, mucho! Hable Ud. pronto, querida madre, que ya ardo en deseos de ir á la oficina del cable.

Angelina, dirigiéndose á la joven, dijo:

—Escucha, Armida; como tú fuiste la agraviada con mi proceder, á tí hago mi confesión. Mi padre y mi hijo la oirán como testigos. Los primeros cristianos, cumpliendo el mandato del Apostol “Confesaos los unos á los otros”, por mucho tiempo hicieron sus confesiones en presencia de varios testigos de su credo; yo quiero imitarlos: quiero que conozcáis toda mi vida y mis desgracias.

—Yo conozco toda tu vida, hija mía, hasta donde la conocía tu amiga doña Carmen. Ella, como toda la gente de allí creyeron que moriste en el incendio.... Leí la carta que tu obsecado esposo te dejó escrita aquella noche fatal....

—Pero Armida y mi hijo ignoran esos acontecimientos; he de relatarlos para que se enteren de la causa cuyos efectos constituyen mi confesión.

Angelina refirió toda su vida. El nacimiento de su hijo. La felicidad de su pasado hasta el día en que se recibió una carta de Calcuta, enviada por un tío millonario que César tenía allí; le llamaba á su lado por hallarse ya viejo y muy enfermo; quería nombrarle su heredero. Después de vacilar mucho, César se animó á emprender el largo viaje. Ella quiso acompañarle. Pero el médico consultado dijo que esa larga travesía y arribo á un clima ardiente, podría ser funesto al pequeño Albertito, que aún no tenía dos años. Empezó el viaje solo. Recibió varias cartas de su marido y en la última le anunciaba la defunción del anciano pariente, y el cuantioso capital legado. A esas noticias añadía la de su regreso á fines de Abril, ó principio de Mayo. Vendría en fragata propia, cargada de mil preciosidades. Nuestro hijo será muy rico, terminaba.

Esa fue la última carta que recibí. Aunque digo la última, continuó Angelina, no lo fué, porque días después de la gran enfermedad que sufrí, creyéndola un accidente natural, se me entregó la última despedida de César, carta terrible que me produjo el gran ataque de veinte y cuatro horas.

Angelina siguió relatando las esperanzas fundadas en la vuelta de su padre, la noticia del naufragio, que echaba por tierra sus planes de viaje. Todo eso fue la causa de su conducta futura, y ahí comenzaba la confesión. Yo sabía la astucia santa de que tu buen padre se valió para salvar al

mío. Cuando mi padre me envió el retrato venía con él una larga carta que me informó detalladamente de todo lo ocurrido. Si no lo hubiera hecho así, yo no podría creer que viese el autor de mis días. Don Rafael me engañó pérfidamente.

—Fué preciso, hija mía—dijo Sorel.

—¡Sí, sí, ya lo sé! Yo lo creí al pie de la letra y César también: éramos huérfanos los dos. Dispensen la digresión preliminar, y entro de lleno en mi conducta disimulada y traidora. Aquel día que perdí mi última esperanza de que mi padre me acompañase por el mundo con objeto de recobrar á mi perdido hijo, sufrí el ataque de corazón. Al recobrar el sentido, mi fuero interno sufrió una metamorfosis, Yo no era la mujer buena de pocas horas antes. Llena de coraje, desapareció de mí toda debilidad femenina; murió todo sentimiento tierno, remplazándole instintos de feroz venganza. Sentí por todos los hombres odio mortal. Uno había causado mi terrible desgracia, todos los demás la pagarían. ¿Cómo? Mi hermosura, que todos ponderaban, adornada con lujosa elegancia, duplicaría su poder. Me amarían acaso con locura: mi coquetismo aumentaría ese amor hasta la pasión, y después... ¡Oh! después los despreciaría sin misericordia. ¡Esa sería mi venganza! ¡Venganza vil y baja! Pero es preciso no olvidar el cambio radical que la desesperación, llevada á su apogeo, operó en mí: son cosas que pertenecen á la Psicología. Pude haberme suicidado, pero con mi muerte no satisfacía mi anhelo de venganza. A estar en mi poder, yo no hubiera quedado satisfecha como Sansón con derribar las columnas del templo, sino con agarrar los dos polos de la tierra, entrechocarlos entre sí y hacer pedazos el mundo, para que sus dispersos fragmentos rodaran en los espacios siderales, por todos los siglos de los siglos... He dicho que sufrí una completa metamorfosis: mi carácter bueno y dulce antes, se aceró, sin dar cabida á ninguno de los bellos sentimientos que, generalmente son, ó se cree que son patrimonio de la mujer. Me sentí capaz de ejecutar las más crueles acciones en represalias de las injurias recibidas sin causa alguna que las motivara. Yo era inocente. Se me creyó ruin; adoraba á mi hijo, se me arrebató para siempre....

No olvides, Armida, esos terribles motivos: es preciso recordarlos para atenuar algo sus funestas consecuencias. Desde aquel día principé á ser falsa: mostré la mayor resignación y conformidad con mi adverso Destino. Tanto hice y dije, que mi solicita amiga doña Carmen y sus bellas

hijas, estaban encantadas del sesgo que había tomado mi, al principio, desesperado dolor. Logré engañarlas por completo. Me proponían paseos por las inmediaciones de la ciudad, correrías que yo aceptaba con fingida complacencia.

Había por entonces en la población una buena Compañía de Opereta y Zarzuela que trabajaba en el Circo de Marte. Mi amiga y las niñas, que iban algunas vez á esas funciones, me contaban maravillas de los artistas. Yo no asistí nunca porque esas grandes preocupaciones podría darlas que sospechar. Oía sus relatos aparentando hipócritamente una suave melancolía, mientras en mi fuero interno bramaba la tempestad de vengativo furor. . . .

Por el *Times*, al que doña Carmen estaba suscrita, supe que el próximo sábado en la noche se daría la última función, embarcándose los artistas para esta capital, el domingo al amanecer. Cuando leí esa noticia era viernes, faltaban, pues, dos días para el embarque, tiempo suficiente para poner en práctica el terrible, atrevido proyecto que me obsesionaba. Entre los perfumes que figuraban en mi tocador había uno de color oscuro que usaba para peinarme; me froté con él una mano. Mi blanca piel tomó al punto un color moreno; después de seca me lavé bien, el tinte desapareció. Tenía lo que necesitaba. A las últimas luces del día, mandé á mi doncella, con unas varas de tela, á casa de la modista, encargándola un vestido para la próxima semana. Puedes, la dije, detenerte hasta las ocho conversando con tu amiga Dolores, que hace días no la visitas. Cuando regreses ve á casa de doña Carmen que allí estaré yo. La buena Frasquita, me agradeció ese permiso, pues la tal amiga era su más íntima, por ser ambas del mismo pueblo. Al quedar sola corrí al cuarto de la doncella y me vestí una enagua de percal, escogiendo entre varias que tenía en la percha, la más modesta, cogí un sobretodo de lana oscura, echándolo por mis hombros. Ya vestida como muchacha del pueblo, fui al tocador y me embadurné cara y manos con el consabido perfume, cubriéndome la cabeza con un pañuelo á cuadros atado bajo la barba. Míreme al espejo viendo en él la cara de una muchacha muy morena, que apenas en los ojos se parecía á mí. En tal guisa yo no era más que una pobre joven del pueblo. Temiendo que alguna de mis amigas llegase, bajé corriendo y eché el cerrojo á la puerta de la calle, saliendo después por la trasera, la tranqué con llave, dirigiéndome á prisa al hotel donde se hospedaba la compañía dramática, preguntando allí por el Director ó su señora. Esta salió á recibirme con afabilidad, preguntado qué se me ofrecía.

—Señora, vengo á pedirla un gran favor. Sé que la compañía se embarca con dirección á Santa Cruz de Tenerife el próximo domingo. Tengo en aquella capital una tía enferma que me suplica, por carta que ayer recibí, me vaya lo más pronto á su lado; yo deseo muchísimo complacerla, pero no me atrevo á emprender el viaje sola. ¿Querría Ud., señora, ser tan bondadosa que me llevara consigo como sirvienta? El pasaje yo lo pago, lo único que deseo es que Ud. me sirva de protectora.... porque una muchacha sola....

—Sí, sí, ya comprendo. Con gusto la llevaré como empleada, y además, si es Ud. muy pobre la pagaré el pasaje.

—Mil gracias, señora; tengo unos ahorrillos y no quiero ser onerosa á Ud.

—Pues bien; tenga Ud. presente que el domingo al amanecer zarpará la goleta que nos trasladará á Santa Cruz.

Expresando mi agradecimiento, me despedí hasta el domingo. Casi corriendo llegué á casa, dejé las ropas colgadas. No falte á esa hora en el muelle y su viaje conmigo es seguro. en su sitio y vestí las mías, bien lavada volví á tomar mi color; entonces pasé á casa de mis amigas. Media hora después llegó la doncella, yendo á charlar con Pancho, mayordomo de doña Carmen y prometido esposo de la muchacha. Nosotros en la sala estábamos en animosa conversación, discutiendo compras de telas y adornos para las futuras bodas de Corina y Adela, que ya estaban próximas. A las diez me despedí aquella noche muy tranquila como si tuviera mi conciencia sin conocimiento alguno de la ínicua acción que iba á cometer: acción criminal castigada por la Ley.... La injusticia me había echado el guante, yo lo recogí; en consecuencia, principiaba á obrar.

—Mi querida amiga—dijo Armida levantándose, entreveo ya que Ud. va á referirnos un acto de supremo valor. Para hacer ciertas narraciones hay que fortalecerse. Ud. está muy débil, tome esta copita para animarse. Y le dió la toma del exquisito vino que ya ántes había bebido, Angelina la tomó, agradeciendo el cuidado. Su padre y su hijo oían en silencio; sin embargo, también la alentaron con benévola sonrisa.

Angelina, con voz más entera, continuó la confesión— aquí relató la conversación con Frasquita y el regalo de quinientos duros, episodio que ya sabemos—continuando así: En la noche fui como siempre á pasar la velada á casa de doña Carmen. Concertamos un paseo para mañana domingo; iríamos á la Dehesa, antes erial, ahora convertida por el riego, en deliciosas huertas. En todo convine, al parecer

muy complacida de tales proyectos, me guardé muy bien de decirlas que Frasquita se había ido al pueblo. Pancho, como sábado, día de pagar peones, volvería muy tarde de Breña-Baja: no sabría tampoco el viaje de su novia. Al dar las nueve, so pretexto de ligera jaqueca, dije me retiraba temprano, para tratar de dormir bien y despertar buena: así iríamos antes de almuerzo al concertado paseo. ¡Así me despedí de aquellas incomparables amigas, que tanto me asistieron en mis dolencias físicas y morales!

Esa despedida, que sería eterna, no me conmovió lo más mínimo. ¡Todos mis buenos sentimientos habían muerto! Aquella despedida de seres, en otro tiempo tan queridos para mí, sin que me impresionase; sin que sintiese la más leve emoción, lo confirmaba. Daban las nueve de la noche cuando entré en mi casa. Tranqué con el cerrojo la puerta de la calle y subí á prisa; tenía mucho que hacer, pero disponía de tres horas, plazo que yo misma fijé para consumir el hecho siniestro... Se me había dicho que, cuando sufrí mi primer ataque epiléptico, fueron necesarias las fuerzas aunadas de seis hombres para contenerme. Ahora, en el momento de comenzar mi obra de ruina y destrucción, yo me sentía con esos bríos. Los grandes colchones de mi cama fueron arrastrados á la sala y arrimados, cada uno á las dos ventanas: en el balcón del medio amontoné toda mi lencería, que no era poca. En el cuarto de Frasquita practiqué la misma operación: el colchón y ropas de cama fueron arrimados á la única ventana; además reforcé esa especie de barricada con todas las ropas de la percha, excepto un vestido de lana oscura y un modesto sobretodo, que serían mis compañeros de viaje. Llevé esas dos piezas al salón, dejándolas sobre la mesa que sostenía el gran espejo. Bajé corriendo al cuarto de María, haciendo con sus colchones y ropa de cama un parapeto ante la gran ventana. Detrás de la puerta de calle amontoné mucha ropa que había en el armario, dejándola con disposición de poderse abrir un poco para darme paso.

Ahora se trataba de la gran puerta principal: eso era más costoso. Fui bajando al patio todas las sillas y sillones de la sala. De la despensa, donde tenía latas de canfin para el gasto, traje una palangana llena de ese rápido combustible destructor, y con un pañuelo de seda, muy valioso, lo recuerdo bien, hice una bola que, á modo de brocha, empleé para barnizar todos los muebles con aquel líquido. Terminada la faena fui colocando sillones y sillas, unas sobre otras, hasta formar alto rimero bien pagado á la puerta. Traje del

comedor ropas de uso, allí las saturé de canfín, introduciéndolas después en los intersticios que dejaban las patas de las sillas. Nueva Megera, no me rendía el trabajo para sambrar el mal; corrí escala arriba y traje una sábana que rasgué en tiras sumergiéndolas en la palangana: después las saqué torciéndolas un poco de dos en dos; esas eran las mechas que harían estallar la bomba ya cargada. Amarradas á los travesaños de las sillas, puse tres, dejando las puntas tendidas en el suelo á dos metros distantes de la puerta. En el cuarto de María, practique la misma operación, y subiendo, puse mechas en todos los sitios donde había ropas ó colchones, dejando siempre tendido en el piso un gran cabo conductor para después de darle fuego tener yo tiempo de salir antes de estallar el incendio. Había en la despensa muchos artículos oombustibles. Sobrantes de pintura del tiempo en que se restauró la casa, aceite de olivo, manteca, azúcar, aceite de linaza: esas materias inflamables arderían rápidamente; esparcí en el suelo, inmediatas á las mechas, todos esos combustibles. El último petróleo lo dejé en su tarro, junto á la puerta principal: no había para qué sacarlo del envase: allí ardería bien. Sonaban las once cuando terminé esa terrible faena. Era tiempo de disfrazarme. Ahora se trataba de presentarme á la luz de día con mi color postiso, y para ver bien, encendí los dos grandes candelabros que estaban á los lados de la alta luna de Venecia. Todo el perfume oscuro lo vacié en un plato, y empapado un pañuelo, fuí untando cuidadosamente, mi rostro, cuello y orejas, las manos y antebrazos hasta los codos. vestí la modesta saya de merino, depositando en sus bolsillos todas mis valiosas alhajas: extendí un gran pañuelo de seda colocado en hileras sobrepuestas, las muchas onzas de oro que constituían mi capital: arrollé la pieza en forma de faja atándola sólidamente á la cintura. El cinto era pesado, pero como todo el caudal estaba en oro, y aquella noche me sentía muy fuerte, no opté por otro género de balija. Guardé en otro pañuelo, peines, jaboncillo, un espejo pequeño, un perfume, guantes, un vestido y manteleta de gró negro, añadiendo el rico velo del mejor sombrero, que ya, sin ese adorno que envolvía toda la copa, quedaba propio, con sólo una cinta, para la pobre muchacha que se iba de viaje llevando al brazo, un pequeño hatillo, que nadie, de seguro, sospecharía llevaba dentro lujosa indumentaria de señora. Todo estaba listo. ¿Qué me faltaba? ¡Nada! Dar fuego á las mechas y consumir un crimen que castiga el Código! ¿Y á mí qué? En esta situación no me importaba nada, ni nadie: había retrocedido á